

Sobre *Creencia y acontecimiento. El sujeto después de la teoría*, de Marcelo Topuzian. Buenos Aires: Prometeo, 2015.

✂️ SERGIO PERALTA / Universidad Nacional del Litoral – CONICET / sergio.dl.peralta@gmail.com

Despejar los tantos: Un réquiem por el escepticismo

Este mecanismo de relojería no puede leerse sino como manual. Como el manual que no se puede no haber leído si se osa decir algo sobre el sujeto y sobre el autor (en este orden, que no es el orden de publicación de los libros de Topuzian). ¿Pero un manual sobre qué? Sobre la querrela del sujeto, sí, pero mejor de cómo organizar los argumentos y arrebatos de una polémica sobre su localización que lleva por lo menos cuatro siglos y que sigue siendo necesario hacerla inteligible. El autor dice: *despejar*. Ahí toda la pretensión, porque el manual está antes de una quemazón contra su (atribuida) simpleza o después de la humareda para organizar los restos, aquí con una tríada proteica: representación, irrepresentado e irrepresentable. Pruebe a comenzar o releer el manual desde la nota al pie n° 171, su *aleph*.

Topuzian digita una escena imaginaria entre cuatro «personajes»: Derrida, Laclau, Žižek y Badiou. Una suerte de Polémica en el Bar que desde el vamos supone que la política de la identidad (el sujeto como *posición de sujeto* o efecto de estructuras discursivas de saberes y prácticas con *indeterminación simple*) ya fue como estrategia;¹ hay que «localizar los sitios de una verdadera política de la teoría» (9). Y para ello hay que volver al clásico binomio en guerra: gramática/retórica. Diría que *verdadera* es aquí *no reactiva*, y que la reacción se mide con esa apertura del campo de la representación que planteó Heidegger en su conferencia «La época de la imagen del mundo» (1938). Lo abrió al «azar», a la contingencia, y esa apertura de la relación sujeto/consciencia (o de la representación) no puede cerrarse con *El cartero de la verdad* (del vacío más allá del espacio de la representación) ni con inefabilidad sin hacer trascendentalismo por la negativa, o más sencillamente histeria. El sujeto —nos dice Topuzian después de acorralar la tríada antedicha— es «el gesto [o *decisión*] precario y puntual de la detención significativa de la deriva de lo construable» (217), cuya necesidad es del orden de la imagen, del aparecer representado: una *diferencia mínima* es una multiplicidad que se afirma localmente, desde una situación o estado presentado de lo múltiple,

no deducible o construible *desde* un estado equis de la representación. Diferencia mínima cuya estabilidad relativa será acosada por otra más temprano que tarde. Hasta aquí la tesis en maltrecha síntesis, pero lo más importante es cómo se llega a ella, cómo se hace manua(b)l(e).

En esa escena imaginaria los personajes dicen (o dirían, porque el autor no se priva de inferencias) sus pareceres a propósito de las relaciones de continuo o de corte, de analogía o símil, entre religión y razón, fe y saber, institución y crítica, disciplinas académicas y firmas, creencia y acontecimiento en el mundo contemporáneo (o pos 68). La *religio*² no es una excusa porque es el macro juego de lenguaje en el que los cuatro andan. Entonces Topuzian tiene que actualizar la enciclopedia de religiones comparadas, detenerse en la religión como objeto filosófico, organizar los núcleos conceptuales de cada personaje y articularlos entre sí mediante la enunciación polémica (*sí, pero...*). En el capítulo final —la traducción de la Polémica a su tríada conceptual— Laclau y Badiou, con operaciones derrideanas, llevan las de ganar.

Veamos lo que, a mi juicio, es una autofiguración como crítico y el réquiem por el escepticismo de Topuzian (y de Derrida):

El ejercicio crítico debe ser concebido también como siempre constitutivamente expuesto a dar lugar a un giro dogmático y sustancializante, y, por qué no, como la religión, a constituirse a la vez como la defensa autoinmune de una identidad particular y como la reivindicación singular de una universalidad posible. (48)

En esa escena de Polémica, el mote de ¡*trascendentalista!* es el que nadie quiere llevar, y Topuzian nos los muestra inconducente. Con el mote de ¡*místico!* (o ¡*histórico!*), verá el lector, es otro el cantar (porque hay misticismos reactivos, esencialismos estratégicos —para decirlo con Gayatri Spivak— ya fosilizados o, si se me permite, *devenidos remera*). El casting del sujeto *después de la teoría* (después de *su* trascendentalidad contra la trascendentalidad, con la literatura como *objeto* privilegiado) es el conflicto dramático que sostiene la escena inmanente: ¿para ser verdaderamente críticos necesitamos un sujeto decisor o dudar/renegar del sujeto?

Es una querrela religiosa antes que teórica: Hegel *versus* Kierkegaard a propósito del cristianismo, por ejemplo, Antiguo Testamento o Apocalipsis en Deleuze, o Žižek y Badiou sobre el amor paulino. Todo esto está en el manual. Recordemos, además, que Carlo Ginzburg escribió «Distancia y perspectiva: dos metáforas» para decir que nuestro modelo de conocimiento del pasado está profundamente orientado por la actitud de superioridad cristiana frente a los judíos. ¿Y quién no quiso encontrar su Menocchio después (como en todos los trabajos sobre un autor en particular)? El giro afectivo o emotivo en el que estamos (según Eve Sedgwick en *Touching Feeling*, una salida posible de malas lecturas de Foucault) también necesita de esta revisión de la trascendentalidad, ante el acoso neurocognitivo. Ni que decir tengo sobre la proliferación del discurso amoroso, cuya

efectividad universalizante —según sostiene Mario Pecheny (2016)— fue clara para la ley de «matrimonio igualitario», pero dejó un efecto no deseado en la lucha pro-aborto. Link ya lo decía en el fragor de aquella lucha: «primero está la causa de las totalidades, después su crítica». ¿Qué es eso si no es ecumenismo o neopaulinismo contingente?

El subtítulo del libro de Topuzian habilita especulaciones que funcionan a modo de red para evaluar su impacto: ¿*después de* la teoría equivale al tan denostado *pos*, el inicio de otra temporalidad (sin residuos) o de una tendencia de cambio (por ejemplo: del weberiano «desencantamiento del mundo»)? ¿Después de la teoría es un después de la Gran Teoría, como el «después del fin del arte» para Arthur Danto (el fin del relato autonomista de Clement Greenberg) o la reconstrucción *post-theory* de David Bordwell en los *Film Studies*? ¿Nos hemos vuelto más empiristas y tenemos ahora con la teoría sólo una relación operacional, aunque no por eso menos agónica entre capellanías? ¿Después de la teoría —cuando creencia y acontecimiento reclaman ser pensados— están Elisa Carrió (distinguiendo por tv, con la «tradición judía», justicia y perdón) y los coloquios *La patria es el otro* publicados en 2015 (que comienzan con teólogos y terminan con neurocientíficos)? ¿O las «metas de inflación» como neto acto de fe para el sujeto patrio prometido? ¿Decir «teoría en fuga» —como propone Graciela Montaldo en *El taco* N° 1, haciendo de la «traición» la condición de posibilidad de la renovación en el sistema literario y en su crítica— es equivalente a *después de la teoría*? Cada lector tomará su *decisión*, porque *después de la teoría ya es (a)hora*, y como —en otro manual imprescindible de Topuzian— lo hace el autor *después de la muerte del autor*. Las feministas pro-aborto ya nos señalaron todo el problema, toda la tragedia liberal, que es traducir *choice* por *decisión*.

Notas

¹ Dejo en este recodo una punta de lectura. Daniel Link —cualificando a la imaginación como una fuerza presubjetiva o una distancia entre ser y logos, atento a la diferencia entre Sartre (la imaginación como negación libre del mundo *desde* un punto de vista) y Caillois (la imaginación como investimento de potencia)— sostiene en *Fantasmas*: «La unidad de la fantasmagoría, así como puede aislársela (sustantivo más adjetivo, sin determinación, con indeterminación indefinida), es el efecto de una afección (el trazo de una ausencia: lo Real que la provocó)» (55). Lo que hay que pensar, considerando el personaje Badiou de

Topuzian, son los esfuerzos de Link para involucrarlo en la *imaginación pop*, cinco páginas después.

² Una de las tantas etimologías de «religión» (Topuzian se detiene en la de Benveniste), *re-ligare* (volver a conectar), remite a Lactantius —educado por Arnobius en Sicca Veneria (norte de África) y consejero de Constantino I— y fue retomada luego por San Agustín, es decir, por todos los hermeneutas (Ricoeur). Podría entenderse así, por ese origen o ese azar, la reciente obsesión con los flujos, como la cualidad salvífica de la lactancia materna, entre otros flujos que dan la muerte.

Bibliografía

LINK, DANIEL (2009). *Fantasmas*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

PECHENY, MARIO (2016). «El papel del amor en el discurso político reivindicativo en sexualidad».

Conversaciones del Cono Sur [en línea]. Blog. Consultado el 9 de junio de 2016 en <https://conosurconversaciones.files.wordpress.com/2016/05/conversaciones-del-cono-sur-2-1-pecheny.pdf>